

Un año de Bolsonaro

El presidente brasileño puede exhibir resultados en economía y en seguridad, pero no en las políticas de educación y cultura

Río de Janeiro.— El uno de enero se cumplió un año de gobierno de Jair Bolsonaro. No fue un año cualquiera, sino un periodo de un cambio radical de dirección. Brasil pasa por un cambio de época política, que parece ser un nuevo capítulo de su historia.

Desde 1930, con el presidente Getúlio Vargas, y luego, tras la toma del poder por los militares en 1964, la política brasileña ha estado marcada por el intervencionismo en la economía y la vida social.

Cuando la dictadura militar cayó en la década de 1980, la izquierda pasó a ostentar el monopolio político. Ya no había partidos de derecha, sino solo izquierda radical e izquierda socialdemócrata (como el Partido de los Trabajadores, de Lula). Promesas no cumplidas, corrupción institucionalizada y el fortalecimiento del crimen organizado decepcionaron a la población, que no veía otra alternativa sino votar a partidos con nombres distintos, pero que apoyaban las mismas políticas de izquierda.

Aparte de ello, estos partidos defendían ideologías hostiles a los valores morales y religiosos de la población. La mayor parte de los brasileños son cristianos (86,8%) y muchos de ellos, conservadores. Asimismo, la imposición de lo políticamente correcto en la educación y en el debate público chocaba con el carácter directo y relajado del brasileño, a quien no resulta natural la rigidez de esas reglas sobreentendidas, especialmente cuando son contrarias a sus convicciones.

Fin del monopolio izquierdista

En suma, los gobiernos de izquierda molestaban a muchos tanto por el mal resultado en la economía y la seguridad pública, como por la ideología que promovían. Y en este contexto,

Bolsonaro anunció su candidatura a presidencia. Desde el principio adoptó un discurso liberal en la economía (no visto desde 1930) y conservador en las costumbres populares (no visto desde 1980).

Criticaba a los políticos antiguos y a lo que llamó la *vieja política*. Prometió construir un gobierno sin negociar cargos con otros partidos. Usó un lenguaje directo, adornado con la defensa de los valores cristianos y políticamente incorrecto.

Para los analistas y la elite cultural de Brasil, mayoritariamente de izquierda y acostumbrada al juego político tradicional, su elección parecía una locura. Para la mayor parte de la población, sin embargo, parecía una esperanza, algo nuevo que finalmente podría ser el punto de cambio en la historia de Brasil.

Promesas cumplidas y expectativas frustradas

Bolsonaro tenía tres puntos fuertes en su campaña: renovar las políticas públicas de educación y cultura; instaurar una economía liberal; y traer seguridad a la población. Mientras los dos últimos puntos tuvieron avances significativos, el primero no cuenta con datos de cambio objetivos.

Aunque el presidente constantemente cita a Dios en sus declaraciones, no ha habido incentivos a programas en el marco cultural cristiano. De

Bolsonaro ha cambiado la forma de hacer política, con promesas de eficiencia y cultivando el contacto directo con la gente

modo semejante, prometió valorar a la familia y adoptar un modelo de educación que, en sus palabras, no fuera socialista (que no siguiera el constructivismo de Paulo Freire). Sin embargo, poco se ha hecho a este respecto.

En cambio, en la economía ha habido claros avances. La reforma de las pensiones, aprobada en octubre (ver Aceprensa, 1-11-2019), supondrá un ahorro del equivalente de 141.000 millones de euros en los próximos diez años. Este fue el primer paso del ministro de Economía, Paulo Guedes, para cambiar el sistema económico brasileño, basado en el Estado, hacia otro basado en la iniciativa del individuo.

De hecho, con la reforma de pensiones y otras medidas, Guedes logró bajar el tipo de interés público del 6,5% en enero al 4,5% en diciembre, el mínimo histórico. Eso ya supondrá un ahorro del equivalente de 15.300 millones de euros para las arcas públicas en los próximos años.

Iniciativa privada

Bolsonaro y Guedes pretenden que sea difícil para los inversores dejar su dinero parado con el Estado a intereses altos y que, en cambio, sea fácil conseguir crédito de bancos privados para hacer inversiones en la economía, con intereses bajos (como abrir empresas, construir edificios, etc.).

Con estas medidas, se espera poner al emprendedor en primer plano, con generación de empleos y capitalización de la economía por iniciativa privada. El resultado del programa ya se nota: en 2019 se crearon casi un millón de empleos, lo que redujo un poco la alta tasa de paro.

Según Guedes, los próximos pasos son hacer una reforma tributaria y una reforma administrativa para dis-

minuir el peso del Estado sobre la sociedad.

Seguridad

En enero de 2019, el ministro de Justicia Sergio Moro –uno de los principales jueces de la operación Lava Jato– propuso al Parlamento un conjunto de medidas para facilitar la lucha contra la corrupción y el crimen organizado. Aunque la propuesta no se aprobó hasta final de año y no todas las medidas fueron aceptadas por el Parlamento, el grueso de la reforma salió adelante.

Además, Moro logró trasladar a jefes de organizaciones criminales que estaban en presidios ordinarios a otros de máxima seguridad en Brasilia. Así, fueron puestos lejos de las organizaciones que dirigían aun estando presos.

Con medidas como la integración de las policías de Brasil y la creación de centros de seguridad de frontera, el índice de homicidios cayó un 22%. En cuatro ciudades donde Moro experimenta un modelo nuevo de combate al crimen, llamado programa *Em Frente Brasil*, los homicidios cayeron un 44%.

Según estadísticas de la Secretaría Nacional de Seguridad Pública (Sinesp), hasta noviembre de 2019 se confiscaron 98 toneladas de cocaína, un 25% más que en todo 2018. Hasta agosto de este año, los robos de coches cayeron 25,5% en comparación

con el mismo período de 2018.

Carreteras y Amazonas

Otro punto importante es el avance en la infraestructura de transportes. El comercio de Brasil sufre con las dificultades de traslado de mercancías, que depende totalmente de camiones y carreteras, algunas no asfaltadas. Este año, carreteras que estaban en construcción desde hacía décadas fueron finalmente concluidas, como la BR163, que conecta la costa norte amazónica con el sur de Brasil.

De otro lado, la política ambiental de Bolsonaro fue negativa. Aunque su gobierno dejó claro que Brasil es la mayor potencia ambiental del mundo (42% de su energía es renovable) y pudo desmentir mitos como el de la crisis de incendios en la Amazonia (ver Acepresa, 27-09-2019), no tomó ninguna medida clara para frenar la deforestación ni tampoco propuso un programa de desarrollo sostenible.

La “nueva política”

La elección de Bolsonaro representó un golpe a la antigua costumbre de comprar el apoyo del Parlamento distribuyendo plazas de ministros a los líderes de los partidos más influyentes. El nuevo presidente disminuyó el número de ministerios de 30 a 22, y nombró personas con perfil técnico para cada área.

Para Bolsonaro y sus ministros, es de gran importancia la comunicación directa con los ciudadanos por medio de las redes sociales. En efecto, los anuncios del gobierno vienen antes por Twitter y después aparecen en los noticieros. Cada jueves por la noche, el presidente hace una alocución en directo en Facebook y YouTube, en la que informa sobre los hechos de la semana.

A la “nueva política” se opone un bloque de izquierdas integrado por socialistas y capitalistas del *bienestar social*, antes rivales. Enfrente ha aparecido un bloque nuevo –formado por los liberales en la economía y conservadores en las costumbres– que ha tomado la bandera de la derecha.

El bloque de izquierdas consiste, en parte, en la élite cultural de Brasil, que incluye a profesores universitarios, artistas y escritores influyentes. En él también entran estudiantes y la población más pobre de la región Nordeste de Brasil.

Los últimos sondeos señalan que el 58,6% de los nordestinos creen que el gobierno de Bolsonaro está empeorando al país, mientras que en las otras regiones de Brasil (que componen el 72% de la población total), un 60% cree que lo está mejorando.

Ariel Lazari

De vuelta del “género sentido”

Personas que se sometieron a “reasignación de sexo” han pedido posteriormente retornar a su sexo biológico

“Soy una chica transexual, [...] y durante los cuatro últimos años he vivido un camino muy importante: el camino de mi felicidad. Estoy en el colegio Nuestra Señora de la Soledad, el cole de mi pueblo, y allí he tenido la suerte de que mis compañeros y compañeras han comprendido cómo soy desde el primer día”.

Tal fue, en la Asamblea de Extremadura, la intervención de Elsa, quien a sus ocho años atraviesa una “tran-

sición de género”. Se desconoce en qué fase del proceso se encuentra concretamente, aunque la Sociedad Española de Endocrinología, en un *Documento de Posicionamiento* acerca de la “disforia de género” (DG), de 2015, aconsejaba cautela: “La persistencia [de la disforia] en niños es claramente menor que en adultos. Los datos de persistencia indican que una gran mayoría (80-95%) de niños pre-puberales que dicen sentirse del sexo

contrario al de nacimiento, no seguirá experimentando tras la pubertad la disforia de género, dificultando con ello el establecimiento de un diagnóstico definitivo en la adolescencia”.

Cuando el proceso sigue el trazo esperado, a saber, la aplicación de bloqueadores hormonales de la pubertad y, posteriormente, a partir de los 16 años, la terapia con hormonas del sexo opuesto, un hipotético camino de retorno puede ser bastante

complicado si se desea restablecer las condiciones físicas originales.

Aun así, hay personas que lo han emprendido, y que lamentan la simplicidad con la que algunos facultativos les diagnosticaron disforia de género y empuñaron el bisturí para remediarla.

¿Mutilarse para ser feliz?

El pasado 30 de noviembre, en Manchester, Reino Unido, se celebró una conferencia internacional sobre “de-transición de género”, en la que participaron mujeres que en algún momento se sometieron a procesos hormonales y quirúrgicos para convertirse en hombres, y que, una vez en su nueva condición, cayeron en la cuenta de que aquello no aliviaba su angustia interior, por lo que habían echado atrás la conversión. También asistieron psiquiatras y psicólogos que han conocido y tratado casos de DG.

Se escucharon historias como la de Charlie Evans, una chica especialista en ciencias, que empezó su transición y la detuvo únicamente antes del procedimiento quirúrgico de “reasignación de sexo”. “¿Cómo voy a quitarme mis pechos sanos, cuando he visto a mi madre perder uno de los suyos por el cáncer?”, reflexionó entonces.

Charlotte (su nombre original) tiene hoy 28 años y examina con más detenimiento los incidentes de su infancia –en concreto, un abuso en el ámbito no familiar– que la llevaron a sufrir DG.

Para el observador no experto, una pregunta razonable sería cuántos casos de este tipo –de “rectificación”– pudiera haber entre la población transgénero. Y hay alguna estadística, como la aportada por el U.S. Transgender Survey, de 2015, que recogió datos de casi 28.000 personas de ese colectivo en EE.UU. Según el estudio, un 8% de los que habían iniciado su transición habían vuelto atrás en algún momento del proceso.

Por la vía rápida

Carey Callahan, terapeuta familiar, de Cleveland, hizo la transición hacia el sexo masculino, se inyectó testosterona durante meses, y durante cuatro años se identificó como hombre.

Una gran mayoría (80-95%) de niños que dicen sentirse del sexo contrario, no seguirá experimentando tras la pubertad la disforia de género

Pero en su trabajo en una clínica para adultos trans pudo constatar las consecuencias de la ligereza con que se recomienda la “reasignación de sexo”.

En *The Economist* (3-12-2019), Callahan cuenta que una noche, en la clínica, recibió la llamada de una mujer, asistente de una trans de nombre Betty, a quien esta última amenazaba con un cuchillo en su casa. El episodio psicótico no llegó a mayores. “Betty –añade– padecía una esquizofrenia paranoide mal controlada, y a menudo llamaba a la clínica agitada, a veces susurrando y otras gritando que había agentes del gobierno que la perseguían”.

La clínica había cumplido con Betty el protocolo del ‘consentimiento informado’ y se limitaba a proveerles a los pacientes trans las píldoras masculinizantes o feminizantes que estos pidieran, sin mayores controles. Si el consentimiento informado implica que el facultativo ponga en conocimiento de la persona los riesgos y beneficios de un tratamiento, cuando se aplica en EE.UU. en los casos de transición de género no se pide información clínica sobre la persistencia de la disforia, más allá de lo que el paciente dice de sí mismo y su disposición para la intervención médica. También, con muchísima frecuencia, deja de aplicarse al interesado el test de salud mental que recomienda la World Professional Association for Transgender Health.

Incidentes como el de Betty convencieron a Callahan de abandonar la clínica y hacer su detransición. En cinco años, ha conocido a cientos de personas que han dado el mismo paso; personas que han descubierto –en pleno tratamiento hormonal y quirúrgico– que, tras su presunta disforia, lo que había era un trastorno del espectro autista, una disociación debida a un

trauma o un trastorno de identidades múltiples.

Miedo entre los terapeutas

Que un 8% de personas “reassignadas” o en camino de serlo haga la detransición, pudiera bastar, en cualquier otra área de la medicina, para echar el freno y examinar qué está yendo mal en cuanto al diagnóstico inicial. Aquí, sin embargo, a nadie le quita el sueño.

La terapeuta señala el peso del tabú: la detransición sería tan “rara” que, investigar cuántos la emprenden y sus motivos para hacerlo, se considera “hiriente” y “transfóbico”. Justo por ello, en 2017, la Bath Spa University, del Reino Unido, descartó una propuesta de investigación que tenía por objetivo recopilar historias de personas en detransición.

Con claridad: hay miedo. Varios expertos que tomaron la palabra en la conferencia de Manchester lo admitieron. El Dr. David Bell, psiquiatra de un prestigioso centro londinense de atención a personas trans, apuntó que a muchos de sus colegas les preocupa ser tildados de “transfóbicos” o acusados de “delitos de odio”, mientras que otro médico, que prefirió no dar su nombre, se quejó de que “nos han aconsejado no usar los términos *de-transición* o *desistir*”.

Quizás precisamente por ello, por la falta de alertas profesionales, algunos pacientes ponen rumbo hacia el “sexo sentido”. Y naufragan. “Mis amigos y mi familia me apoyaron en mi transición –dice Grace Lidinsky-Smith, una joven en proceso de reversión a su sexo biológico–. Ellos querían verme feliz, y habían sido educados en el transactivismo lo suficiente como para saber que cuestionarme hubiera sido considerado ‘muy transfóbico’”.

La doctora le dio vía libre sin mucho trámite, sus familiares se callaron, y hoy Grace lamenta tanta condescendencia: “Solo fui una rata de laboratorio”.

Pero para esta valiente afirmación no hay aplausos.

Luis Luque

Un historiador ateo valora el aporte del cristianismo en Europa

Tom Holland describe el cambio ético positivo que introdujo la nueva religión en las sociedades paganas

Pese al auge de cierta “nostalgia” por una antigüedad pagana hipotéticamente “libre de dogmas y prejuicios”, es un hecho que el cristianismo transformó para bien a la civilización occidental. Así lo afirma un ateo, el historiador británico Tom Holland, en su reciente obra *Dominion: The Making of the Western Mind*.

En su reseña del libro, publicada en *Position Papers* (1-12-2019), el crítico James Bradshaw apunta que Holland no tiene el propósito de empujar al público a franquear las puertas de la Iglesia, sino que su exhaustivo estudio de la sociedad pagana grecolatina le ha llevado a una conclusión interesante: “Cuanto más años paso inmerso en el estudio de la antigüedad clásica, más intensamente extraña la encuentro”, dice el autor.

“Los valores de Leónidas, cuyo pueblo practicaba una forma particularmente brutal de eugenesia y preparaba a sus jóvenes para matar durante la noche a los ‘subhumanos’, no son

nada que pueda reconocer como mío; ni lo son los de César, de quien se dijo que mató a un millón de galos y esclavizó a otro millón. No es solo la extrema crueldad lo que me fastidia, sino la completa ausencia de sentido de que los pobres o los débiles puedan tener un mínimo valor intrínseco”.

En consonancia con ello, enumera las ejecuciones públicas de esclavos, los combates de gladiadores para diversión del público, el muy difundido abandono de niñas recién nacidas en los basureros, y así. “Nada de esto –apunta Bradshaw– fue erradicado por el cristianismo inmediatamente, y la continuación de la esclavitud fue un obvio y triste ejemplo, pero con el tiempo, los principios morales cristianos se incrustaron de tal forma en las sociedades europeas que los mayores abusos de la Grecia y la Roma antiguas se volvieron impensables”.

Como explica Holland, no había nada en el politeísmo grecorromano que hiciera detenerse a un noble ro-

mano en su propósito de violar a su joven esclava, o a un general, de ordenar que sus legionarios aniquilaran a una tribu derrotada.

El intelectual británico subraya en su obra, además, el papel vital que desarrolló el pueblo judío en la comprensión de un Dios diferente, cuyas acciones –en su mayor parte– podían ser comprendidas, y describe cómo la evolución histórica del pensamiento occidental parte, inevitablemente, de la figura de Jesús. Una realidad que, sin embargo, los ateos modernos obvian, como si los conceptos de “dignidad humana” y “derechos humanos” hubieran brotado de la nada.

“Hay mucho que admirar en este libro –afirma Bradshaw–, sin menospreciar el hecho de que un historiador no creyente se haya tomado tanto tiempo para examinar el positivo rol del cristianismo en la creación de un mundo más amable, gentil y caritativo”.

Aceprensa

Más temas en www.aceprensa.com

- 1 Qué es el secreto pontificio y por qué dejará de aplicarse a los abusos (Alba Canet)
- 2 Progresismo de gama alta (Juan Meseguer)
- 3 La literatura de Peter Handke (Adolfo Torrecilla)
- 4 El hombre y la medicina, ante el problema del sufrimiento (Josemaría Carabante)
- 5 Quemados por el éxito (Luis Luque)

